

Los “otros” mártires

El antecedente cubano del monumento de la Plaza de España

Texto: *Francisco Escribano Bernal*
Fotos: *Concepción Sánchez Rojo*

UNO de los principales atractivos artísticos de La Habana es su Cementerio de Colón, no sólo uno de los más grandes de la Tierra (56 hectáreas), sino que es un auténtico museo de escultura y arquitectura al aire libre. Debe su nombre a la antiquísima idea de haberse sepultado allí las cenizas del Almirante, viajeras durante muchos años por el Caribe, aunque en el verano de 2006 se ha confirmado (vía ADN, símbolo de nuestros tiempos) que están en Sevilla.

La historia de esta necrópolis comienza en 1854, con los primeros estudios para su construcción, por resultar insuficiente el viejo Cementerio de Espada. Los enterramientos comenzaron en 1868, aunque la colocación de la primera piedra “oficial” no tuvo lugar hasta el 30 de octubre de 1871, y en 1872 acogió los restos de su proyectista, el arquitecto español Calixto de Loira, aunque las obras no concluyeron hasta 1886.

Con una estructura rectangular en forma de campamento romano, compuesto por calles, manzanas y

lotes, el Cementerio de Colón es una auténtica ciudad, en la que se observan incluso “barrios” de ricos y de pobres. Desde los primeros momentos fueron levantándose suntuosos panteones que recreaban las mansiones coloniales en que vivían sus poseedores. Arcos, cúpulas y vidrieras se mezclan con el mármol, el granito y la pizarra traídas de Europa a golpe de talonario, a fin de mostrar el poder y la riqueza de la familia propietaria¹. Tal mentalidad llegó años después a la España peninsular con el retorno de esos indianos que jalonaron los pueblos de Galicia, Asturias y Cantabria con lujosas y un tanto estrafalarias villas, plantas tropicales y cementerios con vistas al mar.

La riqueza artística ha hecho que la Necrópolis Cristóbal Colón sea considerada Monumento Nacional. No en vano se encuentran en ella obras de los principales artistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, como el gran Mariano Benlliure, que levantó el panteón de la familia Falla-Bonet. Y el elemento más destacado de tan





magno lugar lo constituye un impresionante monumento, ubicado junto a la capilla central, que forzosamente ha de resultarle muy familiar al turista aragonés que pase por ella. Se trata del “hermano mayor” del Monumento a los Mártires que preside la zaragozana Plaza de España.

El Monumento a los bomberos

Como ya se daba cuenta en un número anterior de esta revista², el Monumento a los Mártires de la Religión y la Patria se inauguró en 1904, realzando el diseño arquitectónico de Ricardo Magdalena con las figuras escultóricas de Agustín Querol y Subirats (Tortosa, 1860 Madrid, 1909). Éste último había “reutilizado” un diseño suyo que había sido inaugurado unos años antes.

Esta historia comienza con el incendio en la ferretería Isasi de La Habana, el 17 de mayo de 1890, que se cobró 28 muertos. Ante la heroicidad mostrada por los bomberos fallecidos, se hizo una cuestación popular para levantar un grandioso mausoleo sobre una parcela

regalada por el Obispo, en la zona más privilegiada del Cementerio de Colón. Para su construcción se celebró un concurso, que fue ganado en 1891 por Agustín Querol como escultor y Julio Zapata como arquitecto. Finalmente fue inaugurado por el Capitán General Valeriano Weyler el 22 de julio de 1897. Se trata de un conjunto en mármol de unos diez metros de alto. En la parte inferior aparecen unos medallones con los rostros de los fallecidos; se da la circunstancia de que de uno de ellos no pudo encontrarse ni una sola foto o vestigio en el que inspirarse, por lo que Querol reprodujo su propio rostro.

Sobre tal banco aparece una plataforma ocupada por cuatro figuras femeninas alegóricas a “El Dolor”, “La Abnegación”, “El Heroísmo” y “El Martirio”. Son figuras exquisitas, de la más virtuosa factura y de una emotividad singular. Y entre ellas se alza un torreón cuadrado rematado por unas pequeñas almenas, ornado con diversos escudos y elementos alegóricos.



Todo el conjunto es rematado por una cruz y una figura alada que abraza al cuerpo de un hombre muerto, representando así a "La Fe conduciendo a la inmortalidad las víctimas del deber". Se trata de una composición muy similar y simétrica a la tan familiar de nuestra Plaza de España. Evidentemente son esculturas distintas, pues se diferencian en la postura de los personajes, sus vestimentas, la forma de la cruz o la presencia del fusil que caracteriza al combatiente zaragozano caído. Pero es indudable que tienen un característico aire de familia.

Es de resaltar que un viaje similar, pero a la inversa, lo hizo el Monumento a Los Sitios, cuyo diseño fue reutili-

zado por Querol para atender al encargo del Rey Alfonso XIII de la que sería su obra póstuma: *El Monumento a la Carta Magna y las cuatro regiones argentinas*, como regalo de España a Argentina en conmemoración del Centenario de su independencia³

1.- CABRALES, M y TORRES, R. *Necrópolis Cristóbal Colón: Un Cementerio que agoniza*. Editorial Pontón, Guadalajara, 1995.

2.- ESCRIBANO, F. *El Cuatro de Agosto, otra forma de ver la Plaza de España*. Revista 2008, nº 2, octubre 2004, pp. 22-24.

3.- GARCÍA PÉREZ LLANTADA, Francisco Javier. *El hermano "mayor" del Monumento a Los Sitios*. Artículo publicado en la revista "Trébede" nº 65-66 (julio-agosto de 2002) y en el Boletín nº 15 de la Asociación Cultural "Los Sitios de Zaragoza" (1 de noviembre de 2002). Puede consultarse en la página de Internet dicha asociación: www.asociacionlossitios.com



En la base del monumento aparecen los rostros de los bomberos muertos. De uno de ellos no había imágenes, por lo que Agustín Querol se autorretrató